

# UNFIXED INFRASTRUCTURES AND RABBIT HOLES MARIO SANTAMARÍA

BLUEPROJECT  
FOUNDATION

ESPAÑOL

La Blueproject Foundation presenta la exposición *Unfixed Infrastructures and Rabbit Holes*, de Mario Santamaría, artista seleccionado en la pasada convocatoria de proyectos de la fundación. La muestra se podrá ver en la Sala Project del 24 de enero al 22 de marzo de 2020.

Lo que entendemos por cuerpo —o el modo en el que este existe— se ha complicado irreversiblemente con la invención y expansión de internet. En cuanto interactuamos colectivamente con la tecnología, dejamos de existir como una singularidad estable y definida, como una entidad delimitada, porque nuestros datos y nuestra vida se filtran hacia nodos distribuidos que incrementan nuestra percepción del yo; continuamos presentes incluso donde creíamos que nos habían borrado, incluso *cuando* pensamos que no estamos. Y es que nuestro cuerpo es percibido a través de la información, en cuanto información y como portador y creador de información, como sujeto de percepción y objeto de traducción. Esto se manifiesta, o más bien lo sentimos, como aquello que el teórico de los medios de comunicación Sun-ha Hong llama el “cuerpo de rastros”: “Cuando siento mi propio cuerpo de rastros como una presencia ausente, estoy experimentando qué se siente cuando máquinas y bases de datos median entre yo y yo mismo”. Se trata de una serie de experiencias fuera del cuerpo que están constantemente sobrescribiendo, corrompiendo, averiando... El simple hecho de ser humanos nos obliga a lidiar con una consciencia inestable del yo, pero si además nos enfrentamos a una multitud de otras posibles presencias a través de los perfiles de datos que creamos, o a través de aquellos que crean para y acerca de nosotros (con o sin nuestro conocimiento) agentes gubernamentales o corporativos, parece necesario responder con acciones personales a esa distribución en el tiempo y el espacio.

Cuando algo se pierde, nos deja o es arrebatado, solemos mirar. Escribiendo este texto para Mario Santamaría, quien a su vez ha hecho un viaje en busca de su propio cuerpo de rastros, miré hacia donde otros habían buscado llevar su cuerpo más allá de las líneas de datos, cruzar fronteras y distancias para ver dónde interseccionan cuerpos, máquinas y bases de datos, ver qué se podría encontrar al liberarnos de nuestros límites. Quizás, como escribe Rebecca Solnit, “perderse es un aparecer extraño”.

El sueño de la tecnología, que es el menos afectado por la derrota del capitalismo, aún se asombra de que podamos enviar mensajes en cuestión de segundos, de que nuestras imágenes puedan aparecer en otros lugares, de que podamos estar en dos lugares al mismo tiempo, de que nuestro cuerpo pueda atravesar océanos en unos segundos. Nos cautivan aquellos que hacen viajes destinados a cosas no humanas. Henry “Box” Brown fue el primer hombre en enviarse a sí mismo por correo al otro lado de América, huyendo de la esclavitud en 1849, pero fue W. Reginald Bray el primero en hacerlo para poner a prueba la infraestructura misma del sistema: después de haber enviado con éxito una abeja y un elefante, Bray se envió a sí mismo en 1900, aunque no está claro cuánto tiempo le llevó ni cuánto le costó llegar a su destino final. Al recordar ahora a Bray —que era conocido por tratar de enviar cartas incorporando en ellas tan solo una imagen del paradero— pienso en las reglas de aquellos primeros tiempos del servicio postal, de las que él abusó descaradamente con su excentricidad. Por supuesto, en aquel entonces el sistema era lo bastante pequeño como para que sus límites estuvieran claros; uno podía explicar fácilmente cómo se enviaba una carta. Sin embargo, en nuestra realidad contemporánea explicar cómo nos llega un mensaje nos parece como explicar un milagro moderno, y ante la menor complejidad recurrimos a la analogía.

En el año 2016, la escritora y artista Ingrid Burrington quiso seguir el rastro en todos los Estados Unidos de la infraestructura física y los grandes centros de datos de la monstruosa red Amazon Web Services de Amazon, la cual (en el año 2019) constituye el 48% de la infraestructura de la nube pública mundial. Burrington fue hasta Virginia del Norte, donde están ubicados muchos de los centros que controlan los principales sitios AWS, y desde allí comenzó a registrar y explorar cada sitio para hacerse una idea de la abrumadora influencia que ejercen sobre la geografía. En su desplazamiento físico por un paisaje en el que Amazon llevaba a cabo una intervención coordinada, Burrington descubrió que Virginia del Norte es el “corazón de internet”, mientras que antes existía como una especie de “región fantasma [...] una constelación de agencias de inteligencia y empresas armamentísticas” que pasaban más o menos inadvertidas a no ser que aterrizaras literalmente en su puerta. Aunque ella no podía coger un espejo y ver sus propios datos, sí logró ver

# UNFIXED INFRASTRUCTURES AND RABBIT HOLES MARIO SANTAMARÍA

BLUEPROJECT  
FOUNDATION

por dónde podrían moverse, un posible lugar en el que ella podría existir, aunque fuese por un momento. Al revelar la infraestructura invisible, los lugares en que esta era posible, Barrington fue capaz de extraer una capa de la historia y del estado actual de internet que no eran visibles desde el exterior para ver su parte prosaica y banal, el trabajo, las personas y las partes que se movían y estropeaban. Fue un viaje que facilitó la desaceleración necesaria para poder ver.

En el correo electrónico que me escribió Mario para pedirme que escribiera este texto, me explicó los detalles del viaje en el que siguió la ruta de sus propias datos: “Barcelona > Suiza > Estocolmo > Milán > Perugia > Bérgamo. Un viaje de 50 milisegundos en 14 días.” Buscando su propio rastro en la jungla de un paisaje de datos expandidos y distribuidos, Mario llevó a cabo una forma de desplazamiento en el tiempo. Condujo un cuerpo por una ruta de datos, en un viaje que no estaba concebido para un cuerpo pero que es visitado por muchos, aumentado y creado por muchas manos. Este viaje, como el de Burrington, es una especie de mímica tecnológica, cuyos puntos de partida y de llegada son muy similares al equivalente computacional del *traceroute*<sup>1</sup>, pero con una permeabilidad de naturaleza tan desconocida e indistinguible como pueda serlo todo sistema complejo, ya sea humano o tecnológico. Sin embargo, las razones de dicha complejidad no son tanto una cuestión de la psique como del hiperobjeto<sup>2</sup> del capitalismo.

En *The Second Body* (El segundo cuerpo), Daisy Hildyard sostiene que “el cuerpo existe a diferentes escalas”, y habla del “horror que aparentemente produce el hecho de que tu cuerpo sea una cosa física con límites porosos”. Cuando nos imaginábamos una vida junto a lo tecnológico, quizás imaginamos una relación un poco más consensuada entre cuerpo y tecnología, una vida mejor y aumentada, no un cuerpo distribuido y atemporal al que no podemos seguir el rastro, que existe a velocidades que nosotros nunca podremos alcanzar, flotando sobre nosotros como espectros hechos de polvo, plástico y cables. Al hacer un viaje con el cuerpo que podemos percibir inmediatamente y con la comprensión explícita de que carece de límites, sentimos la existencia de otros cuerpos, la aparición de otros sistemas y la resurrección de otras realidades.

Natalie Kane. Comisaria de diseño digital en el Victoria & Albert Museum, Londres

ENGLISH

The Blueproject Foundation presents the exhibition *Unfixed Infrastructures and Rabbit Holes*, by Mario Santamaría, who was selected in the past open call for projects. The exhibition will be on display in the Sala Project from 24 January to 22 March 2020.

What we understand our body to be, or to exist as, has been irrevocably complicated by the invention and expansion of the internet. As a public interacting with technology, we no longer exist as a singularly stable and defined, edge-bound being, as our data and lives leak out onto distributed nodes that augment our own sense of self further than it already is. Where we continue, where we are, even when we assume to be erased. Where and even *when* we think we are not. The perception of our body through information, as information, as a carrier and creator of information, as a subject of perception and object of translation. This appears, or rather, is felt as something media theorist Sun-ha Hong calls the “trace-body”: “When I feel my own trace-body as an absent presence, I am also experiencing what it feels like to have machines and databases mediate between me and myself.” A series of out-of-body experiences constantly overwriting, corrupting, glitching. We already contend with an unstable sense of self by just being human, but when faced with a multitude of other possible presences through the data profiles that we create ourselves, or through those that are created for and about us (with or without our knowledge) by corporate or governmental actors, this distribution across time and space feels necessary to account for through personal acts.

1. *Traceroute* es el procedimiento técnico que permite seguir la ruta de un paquete de datos dentro de una red.

2. Concepto acuñado por Timothy Morton para referirse a cosas que son demasiado grandes y complejas como para percibir las directamente o comprenderlas fácilmente.



# UNFIXED INFRASTRUCTURES AND RABBIT HOLES MARIO SANTAMARÍA

BLUEPROJECT  
FOUNDATION

When something is lost or leaves us, or is taken away, we often look. In writing this text for Mario Santamaría, who himself had taken a journey to find his own trace-body, I looked to where others had sought to take their body across data lines, to cross boundaries and distances to see where bodies, machines and databases intersect, to see what could be found in letting go of the edges of ourselves. Perhaps, as Rebecca Solnit writes: "Getting lost is about the unfamiliar appearing."

The dream of technology, the one that is less scarred by the ruins of capitalism, still wonders at the fact that we can send messages in seconds, that our images can appear elsewhere, that we can be in two places at once, that our body can cross oceans in seconds. We are captivated by those that make journeys meant for non-human things. Henry "Box" Brown was the first person to mail himself across America, thus freeing himself from slavery in 1849, but W. Reginald Bray was the first to do so in order to test the infrastructure of the system itself. After successfully posting a bee and then an elephant, Bray posted himself in 1900, though it's not clear how long it took or how many people were required to transport him to his final destination. What I think of now, when I think of Bray, is the early days of the postal service whose rules he was flagrantly exploiting with his eccentricity: he was known for trying to get letters delivered by just placing an image of its location on the front. At that time, of course, the system was small enough that it was easy to see its edges, and one could easily explain how a letter was sent. However, in our contemporary reality, explaining how a message reaches us feels like explaining a modern miracle. We fall into analogy as soon as we hit any degree of complexity.

Back in 2016, writer and artist Ingrid Burrington aimed to trace the physical infrastructure and major data centres of Amazon's monstrous Amazon Web Services network, which, as of 2019, powered around 48% of the world's public cloud infrastructure, via the United States. She drove to Northern Virginia—where many of the centres controlling the major AWS sites are located—as a starting point, and set off from there, recording and mapping each site to gain an idea of their overwhelming influence on the geography. By physically moving herself around a landscape that Amazon is carrying out a coordinated intervention on, Burrington found Northern Virginia to be "the heart of the internet", which before that existed as a kind of "spook country...a constellation of intelligence agencies and defence contractors that went relatively unnoticed unless you literally landed on their doorstep". Though she could not hold up a mirror and see her own data, she could see where it might move, a possible place where she might exist, even for a moment. By revealing the invisible infrastructure, the places where it was made possible, she was able to cut out a layer of the history and current state of the internet that wasn't visible from the outside, to then see the mundane and banal parts, the labour and people, and the moving and broken parts. A journey that facilitated a slowing down, just enough to see.

In writing his email to me commissioning this text, Mario outlined the details of his journey following the route of his own data: "Barcelona> Switzerland> Stockholm> Milan> Perugia> Bergamo. A 50 millisecond trip in 14 days." In attempting to trace himself through the wilderness of an expanded and distributed data landscape, Mario was enacting a form of time displacement, navigating a body through a trace route, with a journey never intended for a body, but one which is visited by many, augmented and created by many hands. This journey, like Burrington's, is a technological mimicry of sorts, the points of arrival and departure much like the computational counterpart of the trace route, but with the true nature of its permeability as unknown and indistinguishable as a complex system can ever be, be it human or technological. However, the latter's reasons for complexity are less a matter of the psyche than a matter of the hyperobject of capitalism.

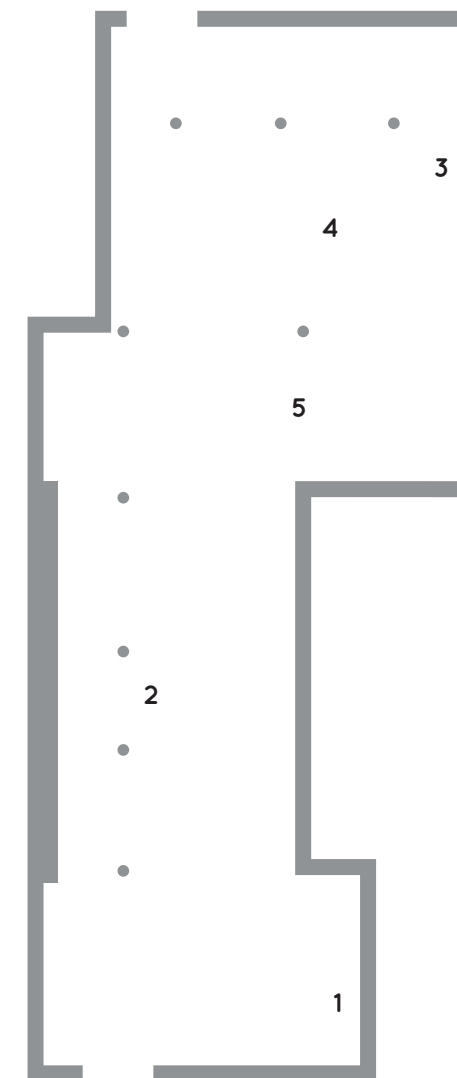
In *The Second Body*, Daisy Hildyard argues that "the body exists at different scales", and speaks of realising the "horror which apparently comes from the fact that your body is a physical thing with porous boundaries". When imagining our lives alongside the technological, we perhaps envisioned a slightly more consensual relationship to technology and the body. One that imagined augmentation and upgrades, not a distributed, atemporal body that we could not trace, which existed at speeds faster than us that we would never be able to catch up with, floating above us as spectres made of dust, plastic and wires. In making a journey with the body we can immediately perceive, with the explicit understanding of its edgelessness, and get a sense of the other bodies that exist, the other systems that arise, and the other realities that can be resurrected.

Natalie Kane. Curator of Digital Design at Victoria and Albert Museum, London

# SALA PROJECT 24.01.2020 - 22.03.2020

BLUEPROJECT  
FOUNDATION

# UNFIXED INFRASTRUCTURES AND RABBIT HOLES MARIO SANTAMARÍA



- 1** *Back Door*, 2020  
Print on dibond  
146 x 82 cm
- 2** *Between Two Networks*, 2020  
Installation  
Real-time image, 2 screens, 2 computers,  
Internet connection, 151 metal pedestals,  
suction pad  
Dimensions variable
- 3** *Speculative Networks*, 2019  
Drawing on paper  
15 x 10 cm, 7 pieces
- 4** *A Deer in the Wide Web*, 2020  
Installation  
30 m<sup>2</sup> technical floor, suction pad  
Single-channel video, 2'41", no sound  
Dimensions variable
- 5** ●, 2020  
Router, thermal insulation, pvc, ethernet cables  
Ø7 x 200 cm each tube

Créditos:

Programación y redes: Andrea Noni

Agradecimientos:

Marta Trombini, Núria Gómez Gabriel, Dilalica, Raúl Nieves, Óscar Martín, Hangar y suelos técnicos Facility Office.

